

# La Agenda Cultural Alma Máter: una visión, una escuela, una oportunidad

María Adelaida Jaramillo G.



Celebrar la vida de la *Agenda Cultural Alma Máter* en sus veinticinco años, es motivo de inmenso regocijo, no solo por lo que ella significa en la vida de la Universidad de Antioquia, sino también porque, a pesar de que la permanencia de muchas revistas culturales en Colombia ha sido efímera, por razones de diverso orden que han anticipado su muerte prematura, a ello ha sabido resistirse nuestra querida *Agenda Cultural*.

Mi experiencia con la *Agenda Cultural* fue siempre una experiencia de vida. No fue un proyecto cualquiera. En sus orígenes estuvo la conversación siempre fraterna con el rector de entonces, Jaime Restrepo Cuartas, quien siempre respaldó incondicionalmente nuestra idea, y la cercanía con los colegas que, entonces, en

1995, lideraban diversas áreas culturales de la Universidad, a quienes nombro con inmenso cariño y agradecimiento: Roberto León Ojalvo Prieto, director del Museo Universitario; Carlos Patiño Millán, director de la Emisora Cultural; Carlos Cadavid Arango, director de la Biblioteca Universitaria; Jorge Pérez Restrepo, director de Publicaciones y de la Imprenta de la Universidad y Diego León Arango Gómez, decano de la Facultad de Artes, con quienes, además, tuve el gusto de conformar el Comité Cultural de la Universidad de Antioquia, creado en 1991, que buscaba generar esa necesaria articulación interna.

Nos alimentamos de nuestras reflexiones y conversaciones sobre cómo construir un proyecto cultural de universidad que, de forma

más integral, y no solo desde la autonomía e independencia de cada una de las áreas, pudiera proyectar la riqueza cultural de nuestra Universidad a la sociedad. Al abrigo de múltiples espacios de encuentro en torno a la necesidad de fortalecer la, hasta entonces, relegada extensión universitaria luego de considerar la docencia y la investigación como únicos ejes de la misión universitaria, se dio lugar a la creación de la Vicerrectoría de Extensión y, posteriormente, al Sistema Universitario de Extensión. En este contexto nace en 1995 la *Agenda Cultural*, con la idea de recoger, no solo los programas y proyectos culturales de las dependencias y difundir la agenda mensual para convocar a los diversos públicos, sino también, de generar un nuevo espacio de análisis, conversación y debate cultural, y plantear, desde distintas perspectivas, el papel cultural que nuestra Universidad estaba llamada a cumplir dentro y fuera de sus claustros académicos.

4

Los primeros números de prueba de la *Agenda* constituyeron toda una odisea que asumimos de la mano del recordado profesor y bibliómano, el economista Jorge Pérez Restrepo, con quien compartía entonces una relación no solo de vecindad, dado que su oficina en el bloque 22 lindaba con la de Extensión Cultural, sino de gran amistad. Nuestra rutina incluía, además de los “buenos días” cotidianos, una conversación, entre las montañas de libros en su escritorio, con nuestros análisis de los tormentosos tiempos que vivían la Universidad y el país, sus recomendaciones sobre los últimos libros que había leído, y nuestro interés mutuo en sacar adelante “la agendita” como le decíamos cariñosamente, cuando aún no estaba claro su horizonte financiero, ni la capacidad institucional para soportarla en todos sus procesos, y cuando la diagramación de los textos comportaba la inclusión de múltiples caracteres, entonces un poco extraños para mí.

Después de su bautismo, la *Agenda* continuó su camino bajo la dirección de Zulma Orozco

y Mauricio Hincapié, responsables de Extensión Cultural en el periodo en el que trasegué por otros caminos de la gestión pública de la cultura, hasta el retorno a la que siempre consideré mi casa, en septiembre del año 2000. Desde entonces, la *Agenda Cultural* se convirtió en uno de mis proyectos más queridos, y en una cita mensual ineludible con el comité editorial, del que han hecho parte editores como Diego Guerrero, Marco Andrés Jaramillo Ortiz, Andrés García Londoño, Sandra Ocampo Kohn y Doris Elena Aguirre, su editora desde 2006, quien consolida la *Agenda* con el sello de calidad, belleza, frescura y profundidad con el que se le reconoce hoy.

De la mano de sus editores, un comité editorial de primera línea conformado por Julio César Restrepo Londoño, Luis Germán Sierra Jaramillo, Roberto León Ojalvo Prieto, Marta Alicia Pérez Gómez y, por diversos representantes del Museo Universitario, hicieron que para mí, en lo personal, la *Agenda* fuera un espacio de intercambio y conocimiento, de encuentro para el aprendizaje, un lugar para la conversación profunda, abierto al buen humor de sus participantes y, sobre todo, para que pudiésemos aportar y nutrir la idea de la universidad entendida como un proyecto cultural.

El gusto que hoy siento no solo por la lectura, sino también por la impecabilidad de los textos, fue nutriéndose cada día de las enseñanzas que este comité editorial, con tanta generosidad, me permitió compartir en los momentos de análisis de la calidad de los textos presentados a su consideración, como en aquellos en los que se discutía desde posiciones diversas, un giro gramatical, un signo de puntuación debido, una frase adecuada, una palabra perfecta.

La *Agenda* fue siempre un reto. Cada número, una pregunta; cada pregunta, el desafío de obtener, de la mano de sus editores, los mejores artículos que en tono no erudito, pero

sí de gran factura, se convirtieran en una especie de instrumento, al modo de la flauta de Hamelin destinada a atrapar a sus lectores, a generar en ellos la necesidad de compartir con alguien sus perspectivas sobre los temas propuestos. O, simplemente, que sirviera para sentarse a conversar y tomar un café alentados por las diversas miradas sobre lo cultural que han circulado a lo largo de estos años. Todas aquellas voces que han constituido el alma de la *Agenda Cultural*, representadas en los innumerables escritores que entregaron de forma generosa sus textos a consideración de la revista, merecen también nuestra voz de perenne agradecimiento.

A pesar de su siempre escaso número de revistas impresas, en tiempos en los que la virtualidad aún no se había asentado en la vida de la Universidad, ni las redes sociales existían como vehículo transmisor de alta efectividad, saber que la *Agenda* circulaba de mano en mano era símbolo de la solidaridad que unía a quienes lograban hacerse a una revista y a aquellos que no la alcanzaban.

Representó siempre una dura contradicción la imposibilidad, debido a los escasos recursos, de ampliar su tiraje y la alegría de verla expuesta en espacios como un café-libro en el municipio de El Carmen de Viboral, para que todos los tertuliantes y comensales pudieran disfrutarla, o las fotos que, el siempre recordado Julio César Restrepo, nos enviaba de los niños y niñas que en su refugio del Caribe la leían en grupo, con un bello entusiasmo que se notaba en sus gestos recogidos por las imágenes.

Ni qué decir cuando empezaron a conformarse grupos de estudio entre profesores y estudiantes alrededor de los temas propuestos por la *Agenda*, o era material de clase para algunos docentes, o cuando nos llamaban a reclamarla desde algunas instituciones de la ciudad y del país, a las que por aquellos azares de los pro-



blemas de correo no había llegado el número del mes que esperaban con ansiedad, incluso cuando, tras los guías culturales, esos mensajeros de buenas noticias encargados de su distribución puerta a puerta en todas las dependencias de la Universidad, se filaban aquellos que esperaban hacerse a una de ellas.

Lo anterior hizo que comprendiéramos que la *Agenda* estaba cumpliendo su cometido, que su impacto era evidente, y que el desafío de su infaltable presencia en la vida de la Universidad era un reto ineludible.

¡Larga vida a la *Agenda Cultural*!

**María Adelaida Jaramillo G.** Maestra en Música, consultora cultural, fue Jefe de Extensión Cultural; igualmente, fue fundadora y directora de la *Agenda Cultural Alma Máter* en 1995, y directora desde septiembre de 2000 a diciembre de 2013.